

EL PANAMERICANISMO Y LA MEDICINA *

Por el Dr. HENRI DE BAYLE

Encargado de Negocios de Nicaragua y Presidente del Capítulo de Washington de la Asociación Médica Panamericana

Para mí la medicina es una verdadera religión inspirada por estos dos principios fundamentales: Caridad y Ciencia—amor divino y conocimiento exacto. No puede, por lo tanto, ceñirse a un país. Pertenece a todas las naciones y a todos los individuos. Es internacional, tan internacional como ese concepto único que llamamos panamericanismo. Los ideales del panamericanismo abarcan todas las fases de la actividad humana—culturales, comerciales, económicas y políticas, entre las cuales no la menos importante es nuestra propia ciencia y arte, con su misión de aliviar el sufrimiento e impedir la destrucción de la humanidad.

Con toda justicia podemos decir que nuestro propósito, esencialmente, es robustecer los lazos de comprensión y extender la cooperación entre los médicos de las tres Américas, y al hacerlo, perfeccionar y enriquecer nuestros conocimientos médicos. Al mismo tiempo, ofrecemos un ejemplo al mundo, y más en particular a los líderes políticos de todas las naciones, al demostrar que los ideales de confraternidad y armonía, tan anhelados por la mayoría de los pueblos de la tierra, pueden convertirse en grata realidad gracias a la comprensión tolerante, el esfuerzo combinado y la cooperación amistosa.

No tengo que decirles que existen varios organismos poderosos y eficientes dedicados a los ideales del panamericanismo, los cuales han realizado una labor excelente y fructífera, pero abrigo la firme convicción de que nuestra profesión, por hallarse en íntimo contacto con la vida humana, y comprendiéndola tan bien, se halla mejor preparada que otras para trabajar en pro de dichos fines. Siéntome convencido de que, una vez establecida la sincera solidaridad y confraternidad entre los médicos de nuestras tres Américas, el espíritu de la cooperación internacional recibirá un tremendo impulso en el Nuevo Mundo. Nosotros los médicos de este hemisferio no debemos, pues, desertar nuestra bandera en ese terreno. Nuestra profesión debe ocupar el importante puesto que le corresponde como factor dirigente en el movimiento del panamericanismo. El mundo entero ya reconoce que la profesión médica ha tomado siempre la delantera en todo lo relativo al progreso y al humanitarismo, y esa misión, más necesaria hoy que nunca, no debe ser abandonada ahora.

Da pena admitirlo, pero parece ser un hecho que algunos médicos suelen mostrarse apáticos y pasivos en la marcha del género humano hacia adelante, creyendo, aparentemente, que su única misión consiste en el alivio del sufrimiento y la prevención de la muerte, y mostrándose satisfechos si consiguen así ingresos suficientes para atender a sus necesidades. Olvídense al proceder así de que nuestra misión es

* Tomado de un discurso pronunciado ante el Capítulo de Washington de la Asociación Médica Panamericana el 21 de enero de 1934.

mucho más amplia: Al tratar de convertir la vida en mejor y más feliz para nuestros semejantes, no encontraremos mejor modo de realizarlo que inyectando en el corazón de la humanidad los sentimientos del amor, la comprensión y la caridad.

En la esfera de la medicina podemos muy bien enorgullecernos de las trascendentes y maravillosas proezas realizadas por médicos de nuestra América, que virtieron en su trabajo todo el entusiasmo, devoción y espíritu científico que siempre los caracterizara, llevando a cabo sus magníficas investigaciones, según hiciera resaltar el Dr. Moll en su monografía "La Investigación Médica en la América Latina," en una atmósfera de sincera cooperación internacional. Vemos ahí que médicos de distintos países americanos aunaron sus esfuerzos para la erradicación de ese mortífero azote de América en épocas pristinas—la fiebre amarilla. Con el descubrimiento de la transmisión de esa enfermedad comienza el moderno saneamiento en gran escala en el mundo entero. Otro tanto cabe decir del descubrimiento y dominio de la uncinariasis y otras muchas enfermedades. Como expresión tangible del espíritu de confraternidad y ayuda mutua que reina en la profesión médica americana, citemos la excelente labor de la Oficina Sanitaria Panamericana, la Fundación Rockefeller, la edición en español del *Journal of the American Medical Association*, el Instituto Gorgas de Panamá, y por fin, pero no más atrás, la de nuestra propia magnífica agrupación, la Asociación Médica Panamericana, cuyo quinto congreso anual será pronto celebrado a bordo de un buque que tocará en varios puertos de la América Latina.

Limitándonos al punto de vista puramente médico, es decir, sin tomar en consideración el espíritu internacional a que ya nos hemos referido, regocijémonos, como médicos, de pertenecer a la misma profesión que cuenta en sus filas a individuos que conquistaran fama y gloria para su ciencia y para su patria. Grande como ha sido el adelanto del mundo en muchos sentidos, nada supera la "Conquista del Dolor", con su profundo influjo sobre el bienestar humano. Fué en América que, por merced divina, tuvo su cuna esa bendición para el género humano. Fué en América que comenzó la medicación específica después de descubrirse la quina en el Perú. Fué en América que la doctrina de la transmisión de la fiebre amarilla fué formulada por Finlay y confirmada por Reed y sus compañeros. Fué también en América donde ha alcanzado su mayor desenvolvimiento la moderna asistencia de los enfermos y los desvalidos. No tengo para qué recordaros la labor de Crile sobre la fisiología de la circulación y la respiración con su aplicación en las emergencias operatorias, recalcando así el hecho de que el conocimiento de la fisiología es de la mayor importancia para el éxito del cirujano. Las brillantes observaciones de Fowler, de Nueva York, fundadas en el dato científico de que la porción pelviana del peritoneo es la más capaz de combatir la infección, lo llevó a recomendar su posición dorsal declive

en los casos de peritonitis, que tantas vidas ha salvado de una muerte casi segura. Por fin, ahí tenemos la magnífica labor de J. B. Fowler, de Chicago, quien guiándose por el hecho de que la porción inferior del intestino puede absorber líquidos, supo descubrir un método sencillo y eficaz para combatir el síncope postoperatorio, por la introducción de suero fisiológico en el intestino grueso. No olvidemos tampoco los maravillosos experimentos de Carrel sobre la anastomosis vascular en el Instituto Rockefeller de Nueva York, que tanto ímpetu han dado a la cirugía de la circulación. Sirvan esas pocas referencias como ejemplo de otras muchas proezas médicas y sanitarias que pueden muy bien henchirnos de satisfacción y orgullo, como americanos, así como servirnos de aliciente para adelantos todavía más notables en el futuro.

Estudiemos ahora lo ya realizado en la esfera de las relaciones internacionales en América. Sin vacilación afirmo que se ha obtenido un éxito aún mayor, a pesar de la relativa juventud y reciente cultura de las naciones americanas, por haber sabido interpretar mejor los ideales del internacionalismo, enseñando de paso muchas lecciones al Viejo Mundo. Gracias al esfuerzo concertado de nuestras tres Américas es que se ha elevado el derecho internacional al campo de la ética, y que se han desviado las relaciones internacionales, de las tortuosas y peligrosas veredas por que las llevaban las naciones europeas, para orientarlas por la senda ascendente de la moralidad y la justicia. El principio de la igualdad entre las naciones fué proclamado y puesto en práctica por primera vez en nuestro hemisferio—tremendo contraste ese con la práctica vigente en Europa, donde las naciones pequeñas han sido siempre dominadas y explotadas por las grandes, de acuerdo con el concepto materialista de que “la fuerza hace el derecho.” La doctrinapa namericana de igualdad para todas las naciones aporta consigo un beneficio correspondiente para todos, porque cuando cada miembro de la familia americana de las naciones es considerado como igual a los demás, las responsabilidades y deberes concomitantes le sirven de estímulo para hacerse acreedor a tal consideración.

Como ciudadano del Nuevo Mundo cúpleme expresar cuánto aliento y esperanza recibo al contemplar los rayos de comprensión, amistad y cooperación que han ido recientemente en línea recta al corazón de la América Latina, partiendo de este foco gigantesco de vida y energía que llamamos Estados Unidos, bajo el impulso de su ilustrísimo hijo y primer ciudadano, Franklin Delano Roosevelt. Según lo han expresado tantos estadistas ilustres, los atributos que caracterizan el verdadero panamericanismo son los que caracterizan las relaciones entre hermanos, amigos y “buenos vecinos.”

La prosperidad y auge de otros deben, pues, ser considerados por los demás miembros de la familia de las naciones americanas como nueva causa de admiración y estímulo para alcanzar una altura igual, más

bien que como motivo de envidia. Nuestras naciones americanas deben esforzarse por conocerse mutuamente mejor, a fin, ya al tanto de las cualidades y defectos de las demás, de imitar las primeras y evitar los segundos, porque solamente conociéndose a fondo es que pueden reinar verdadero amor y confianza entre las naciones e imperar de veras la paz. En esta atmósfera de solidaridad interamericana la primera obligación de cada individuo es por supuesto, hacia su propia patria, pero no se sobreentienda por esto un inflexible nacionalismo que obstaculice el desenvolvimiento de los principios del panamericanismo, el cual viene a ser en realidad un patriotismo más amplio y también más humano.

El panamericanismo ha ejercido y siempre ejercerá un influjo cada vez mayor en los destinos del mundo, y en particular sobre la prosperidad y felicidad de este hemisferio, pues su poderío moral procede de la convergencia unánime de los deseos y aspiraciones de las 21 Repúblicas americanas. Esas naciones, habiendo sufrido todas ellas la misma explotación y opresión de los gobernantes de ultramar, lucharon por la libertad y la justicia, a fin de formar después una unidad próspera en que la paz reinaría y en que se desconocerían por completo las ambiciones y prejuicios de sus respectivas madres patrias.

La doctrina del panamericanismo, aún incompletamente realizada, perdurará, porque vino a la vida espontáneamente sin que la forzaran o impusuran los fuertes a los pequeños y sin proponerse otorgar beneficios materiales a unos a costa de los otros. El panamericanismo perdurará porque lo inspira esa mancomunidad de intereses que procede lógicamente de nuestra proximidad geográfica y de nuestra separación del resto del mundo por dos océanos inmensos. Perdurará porque nuestros países tienen una historia semejante. Hemos reñido las mismas batallas, aunque en diferentes sitios y en diversas épocas. Muy bien podemos decir que Franklin y Miranda, los precursores, y Wáshington y Bolívar, los realizadores de nuestra independencia, son hermanos, pues hijos fueron de idénticos ideales de fraternidad, justicia y libertad. Por fin, el panamericanismo perdurará, pues todos creemos y practicamos la misma fe política: la democracia.

Para terminar dejadme decir:

La Medicina representa la redención del género humano.

El Panamericanismo representa la causa del progreso y la paz.

Si dejamos que nuestros corazones y almas se impregnen en esos ideales, cruzaremos la existencia desafiando sus rigores y venciendo sus obstáculos con faz sonriente y penetraremos en el reino de la eternidad con la íntima satisfacción de haber cumplido nuestro deber hacia nuestros semejantes. Constituya nuestro glorioso pasado en medicina y en cooperación internacional una inspiración, de modo que en el futuro próximo veamos trocadas en hechos estas frases: "Si la Naturaleza nos hizo vecinos, háganos la Justicia amigos", a lo cual agregó yo ahora; "y háganos la Medicina hermanos."